Dr. JOAQUÍN DE SALTERAIN

EL ALCOHOLISMO EN EL URUGUAY

¿Qué es lo que debe y puede hacerse en contra?

MONTEVIDEO

Imp. "El Siglo Ilustrado", de Gregorio V. Mariño
938 — CALLE SAN JOSÉ — 938
1916
EL ALCOHOLISMO EN EL URUGUAY

¿Qué es lo que debe y puede hacerse en contra?

MONTEVIDEO

Imp. "El Siglo Ilustrado", de Gregorio V. Mariño
938 — CALLE SAN José — 938
1916
El alcoholismo en el Uruguay.—¿Qué es lo que debe y puede hacerse en contra?

CONFESANCIA LEÍDA EN «LA LIRA», EL 22 DE MAYO DE 1915

Exemos. Señores Ministros del Interior y, de la Instrucción Pública.

Señoras:

Señores:

La señorita Hardynia Norville, delegada de la "Asociación Mundial contra la difusión del alcoholismo", inteligente y abnegada propagandista, que no ha encontrado reparos en abandonar los cielos lejanos y espléndidos de la gloriosa república hermana mayor, para consagrar sus energías en favor de la prevención social, tuvo, ahora tiempo, la singular deferencia de solicitar mi, tal vez, ineficaz y siempre modestísimo concurso.

Confíe que, después de escuchar su lenguaje persuasivo y tranquilo, desde el sol de mi otoño, acariciado con el rumor de las esperanzas marchitas, me atreví a contar, como seguro, con el estímulo de vuestra benevolencia, que tantas veces me ha acompañado. Y vengo a vosotros, con ajenos bríos y no interrumpidas sinceridades. Como el ausente que vuelve a los linderos del suelo amigo, después de haber emprendido un largo viaje. Y pues los momentos vuelan, afrontemos el tema, sin mayores divagaciones que las que explican la sombra de mi presencia en este acto.

Cada vez que, entre nosotros, se plantea el problema del alcohol y de las bebidas espirituosas, una sonrisa impregnada de amable incredulidad, asoma a los labios de los circunstantes. Ingenua, cuando no deferentemente, el respetable público, escucha al orador, con entera atención es cierto; pero, como quien oye llover. Y si el interés benéfico del auditorio, llega
hasta el punto de comentar las palabras pronunciadas, el juicio se deja sentir, de esta, o parecida manera: el conferenciante, es un propagandista, y, por consiguiente, se ve en el caso de extremar la nota; el alcoholismo, podrá plantear un problema grave, en otras naciones, nunca entre nosotros, en este Uruguay, joven, sano, bullicioso y alegre.

Examinemos el valor del comentario y expongamos, aunque a la ligera, algunos hechos demostrativos.

Exagerar, vale decir excederse de lo verdadero, de lo justo y de lo conveniente, prestar al sujeto proporciones desmesuradas, acordarle, en una palabra, atributos supuestos, en vez de los reales que lo caracterizan, y yo pregunto: ¿qué exageración se comete cuando, ante la luz de la observación y ante el resultado de los hechos, se afirma que, salvo modificaciones de tiempo, de lugar y de circunstancias, lo que sucede en la generalidad de los países, tiene su dolorosa repercusión en el nuestro? ¿Se nos tacha de exagerados, tal vez, porque, en lugar de eludir la dificultad, con la indiferencia o el olvido, tratamos de estudiarla, tal como se presenta; no tenemos escrúpulos en contraríar las consejas populares, que se alimentan de la hipocresía y de la mentira y no vacilamos en decir, una, cien y mil veces, que la juventud, de fraz o de levita, de saco o de blusa, que frecuenta el café o la taberna, agota las mejores energías, enviciándose, y contribuye de una manera tan deplorable como triste, al desenvolvimiento social?

¿Ennegrecemos, acaso, las sombrías perspectivas del cuadro, cuando lamentamos que una ciudad como Montevideo, donde las asociaciones científica-literarias y las bibliotecas públicas, se cuentan por los dedos de la mano, llevando todas ellas una existencia anémica, o, por lo menos, de frecuente resfrío, abounden en centros donde se bebe de sol a sol?

Atravesad, con nosotros, la ciudad, especialmente en las horas de la tarde, cuando el mundo de los negocios parece que cesara de palpitar; cuando las abejas de la colmena descansan, las escuelas se cierran y los niños vuelven a sus hogares, y a cada paso encontraréis centenares de seres, de todas las jerarquías sociales, haciendo por la vida, como vulgarmente se dice, ante el aperitivo traidor que sólo despierta la ira, la cólera y los instintos de los actos pasionales. ¡Y pensar que nuestros hijos, nuestros obreros y acaso, muchos de nuestros pretendidos mentores, acuden allí, día a día, sin ningún género de repugnancia!

Con todo de repetirse y generalizarse el espectáculo, ante la
mirada, no ya del filósofo, sino del simple observador de recto criterio y espíritu sano, resulta sugestivamente doloroso. ¿Qué ejemplos, por otro lado, para el obrero sobrio, para el hijo modelo, para las jóvenes que contemplan, absorbidas, o acostumbradas, semejante cuadro, promisorio infalible de futuros desastres! En tanto la vindicta social, severa siempre con el fracaso, en el caso ocurrente, ni siquiera intenta prevenirlo!

¿Con qué derecho, pudiera argüirse, la justicia castiga al que, muchas veces por inconsciencia, se envía, si tolera, facilita y fomenta, con pasiva complicidad, la difusión de los medios susceptibles de anular la conciencia y dilatar los horizontes del delito?

En razón de que la cocaína, la morfina o la antipirina, sean elementos enérgicos, en determinados casos, que contribuyen al mejoramiento de numerosas desviaciones funcionales, ¿es conceivable que su empleo se generalice, sin tasa, y que el Estado, por motivos de orden monetario, permita a cualquier negociante la venta inmoderada de tales substancias?

Pero, se nos contestará, con irónica entonación: ¿es lógico deducir de un hecho común y trivial, que se repite, aquí como acullá, términos finales concordantes con nuestras aprensiones? ¿Qué relación existe, entre el consumo de las bebidas alcohólicas y los fenómenos del dinamismo social?

La respuesta, aceptada unánimemente por el concepto universal, amena y afrenta las conquistas de la civilización moderna. La traducen, con caracteres eloquentes: el incremento del suicidio, de la delincuencia, de la enajenación mental, el apocamiento de las energías, la morbosidad adquirida o hereditaria y hasta el desenvolvimiento del espíritu de rebelión, tan en consonancia con el descenso de la moralidad.

Prescindamos, con todo, por unos momentos, de catalogar tamaños retrocesos, y, para escudriñar mejor la situación que ocupamos, concretamos nuestra atención, a observar algo de lo que sucede entre nosotros: en este pedazo de tierra, fértil, risueño y querido. Interroguemos a los hombres versados, que los hay, en materia de tanta trascendencia, a aquellos que por su posición culminante, su saber y su preparación, pueden iluminarnos; resumamos, también, aunque brevemente, las conclusiones de la estadística y veamos.

Hace ya más de cuatro lustros, el entonces Director de nuestro Manicomio Nacional, señor don Francisco García y Santos, activo e inteligente funcionario, demostró que en el referido establecimiento, había influido el alcohol, como factor
principal de los casos de locura, en una proporción igual a la de 20 por ciento. Ahora bien; como por aquella época existían alrededor de un millar de enajenados, puede calcularse que el número de alcoholistas llegaba a la cantidad de doscientos. Por supuesto que como reza el proverbio, no están todos los que son, y, por supuesto también que, de aquella fecha hasta el presente, la totalidad ha seguido aumentando.

Acerca del mismo tema, años más tarde, el doctor don Bernardo Etchepare, Profesor de Clínica de Psiquiatría de la Facultad, muy versado en las cuestiones de profilaxis social y que se ha singularizado por su constante propaganda contra la difusión del alcoholismo, terminaba una disertación sobre este tema, ante la Sociedad de Medicina, del modo siguiente:

"He tenido ocasión de ocuparme del alcoholismo del Manicomio, y lo he hecho, en un período de diez años, obteniendo como resultado que el 2.60 por ciento de alienaciones masculinas, de nuestro asilo, son debidas al alcohol, lo que es digno de meditación."

"Respecto de las mujeres alienadas, sólo encontré un 2.62 por ciento de alcoholistas..." (Y agregaba, finalizando): "El alcoholismo mental, denunciado por nuestro Manicomio, es serio"...

Según estos cálculos, observamos que, el número de enajenados alcoholistas, que, años atrás, llegaba a 200, ha aumentado, de este modo:

Asilados en 31 de diciembre de 1911 . . . . . 1,506
Número proporcional de alcoholistas . . . . . 361

¿Lo que sucede con el alcoholismo y la enajenación mental, puede comprender asimismo a las enfermedades de otro orden?

Entre nosotros, por razones que no es del caso esclarecer, las obras de largo aliento que se ocupan de las especialidades, generalmente no abundan. Con todo, de vez en cuando, la literatura nacional se enriquece con alguna, y en los últimos tiempos, indudablemente, la consagrada al estudio de las enfermedades del hígado, del doctor Américo Ricaldoni, bien merece el más justiciero elogio.

En el documentado libro, al que aludimos, "Lesiones y enfermedades del hígado", y en el capítulo referente a las causas de las cirrosis, es decir, de una de las enfermedades más graves y más frecuentes de ese órgano, dice así el laborioso y sagaz observador:
La cirrosis para Lanecreaux, no debiera llamarse alcohólica, sino vínica o enólica. En Inglaterra y en Alemania, habría que atribuirla a la cerveza. En Francia, sería más frecuente en las regiones vitícolas que en las no vitícolas. En la Bretaña, donde el alcoholismo, pero el alcoholismo vínico, es un azote, se observaría más bien, la intoxicación nerviosa que la intoxicación hepática.

Nuestro país, poco se presta para resolver la cuestión. Nuestros bebedores son eclectícos: en la mesa ingieren vino; fuera de ella la bebida blanca, el coñac, el bitter, la ginebra u otra mezcla por el estilo. El jornalero se refresca con caña o con guindado. El vino, a menos que no se pueda pagar un artículo de gran lujo, es, en general, detestable; las bebidas blancas del comercio corriente, son atroces. El bebedor acomodado emplea las dosis diarias fraccionadas; el jornalero, el labrador, usan las dosis diluvianas domingueras.

El primero disimula, sin mayores dificultades, durante las horas en contacto con el mundo, sus contrariedades físicas, pero inaugura de mañana con una pituita, su toilette; el segundo, dedica toda la semana, al trabajo honesto de sus músculos y deja para los días festivos la tormenta de su intoxicación.

Las congestiones hepáticas, precirrósicas, las cirrosis que aquí nos es dado estudiar, traen, de consiguiente, un sello alcohólico mixto y de la peor especie.

Difícil sería expresar más y mejor, con menos palabras, sugeridas, no por el prurito de teorizar, sino por la observación y el conocimiento de los factores, actuando en el medio ambiente que nos rodea.

Asimismo, del punto de vista general, la opinión de nuestros hombres de ciencia, de los que, realmente conocen estas cuestiones, porque su profesión les coloca en situación especial para profundizarlas, se ha manifestado, también, sin ambajes, ni reticencias. Sirvamos de muestra, para no citar más que una, por su pintoresca brillantez y su ruda franqueza, ante las enseñanzas de la realidad; la del actual Director de la Asistencia Pública, doctor Scoseria, cuando en el prólogo a la conocida y documentada monografía sobre “El alcoholismo”, por Víctor Molfino, dice:

No es sólo en las clases obreras, donde hay que luchar con el flagelo. Hay otras manifestaciones del alcoholismo, más degradante, si cabe, que sólo pueden ser combatidas por la educación, como profilaxis o por represión legal.
Una de ellas, es el alcoholismo de frac, de la gente distinguida, de los high-life, que ha inventado multitud de nombres para designar con curiosos eufemismos, establecimientos que son simples despachos de bebidas alcohólicas, comparables con las tabernas de la peor especie, donde la indigada tiene una guardia y rinde fervoroso culto a Baco en medio de la murmuración, el comentario pornográfico y el escándalo...

En estos países del Plata, la lucha antialcohólica no está organizada, aún, como lo exige el desarrollo que el flagelo alcohólico ha alcanzado en estas jóvenes sociedades. Sólo algunos entusiastas propagandistas realizan meritorios esfuerzos individuales que se estrellan contra la indiferencia general. Es que se ignora, o se aparenta ignorar los efectos del mal, porque no se ha estudiado a la luz de la Higiene Social, con las estadísticas a la vista.

Ojalá sea su memoria, un grito de alarma y el punto de partida de estudios e investigaciones locales que revelando a la sociedad la magnitud del peligro, despierte sus energías para combatirlo...

¿Se nos seguirá tachando de exagerados, después de tan elocuentes y atinadas manifestaciones?

Ahora años, cuando merced a diversas y plausibles iniciativas, la Cámara de Representantes designó la Comisión de represión del alcoholismo, de la que tuvimos la honra de formar parte, la tarea primera que se impuso la mencionada, fue la de estudiar el sujeto, poniendo a contribución a todas las corporaciones que pudieran facilitarnos datos ilustrativos. Con ese motivo, entre las referidas, la Suprema Corte de Justicia, por el órgano de sus distinguidos magistrados, nos facilitó los datos siguientes, que resumimos de la manera más breve posible:

El Juzgado Letrado del Crimen de 2.º turno informaba que "de 1900 a 1911, inclusive, se habían dictado 653 sentencias, habiendo alegado y admitido la atenuante de ebriedad en 184".

¿La embriaguez como causa atenuante de la delincuencia? ¿Hay algo que choque más contra el buen sentido y contribuya, con mayor eficacia, a la multiplicación del delito? Sabiendo, como sabe, el delincuente, que el estado de ebriedad amenguaba la pena, ¿no es presumible que beba, para disimular sus móviles y obtener una atenuación del acto delictuoso? ¿No es verdad que la justicia, en este caso, no sólo contraría la profilaxis de la delincuencia, sino que atenúa la vindicta social?... Pero sigamos...
El Juzgado Correccional, con el mismo motivo de la referencia, decía, que: "de las sentencias definitivas, dictadas en 1908, correspondientes algunas a 1907, en número de 864 y de 160, de los meses transcurridos del actual, (hasta mayo) resulta y puede afirmarse sin error, que el promedio de las causas en las cuales la embriaguez o el alcoholismo han sido agentes principales de los delitos o faltas motivantes de aquéllos, alcanza a un 50 % de las mismas"... Vale decir, la mitad.

El Juzgado de Instrucción de 3.° Turno, estima que, en el 90 % (¡casi la totalidad!) de los delitos de homicidio, lesiones personales, desacato y atentado contra la autoridad, ha mediado la embriaguez por parte del delincuente".

El Juzgado del Crimer de 1.° Turno, que llevó a cabo un prolijo examen de todas las causas, terminaba afirmando que "en 1906, la proporción de alcoholistas delincuentes, fué de 24 a 25 %, en 1907 de 32 % y en 1908 de 36 %".

Como se ve, el progreso, en cuestiones de moralidad, resulta de una elocuencia abrumadora.

Finalmente, el Juzgado de 2.° Turno, por el mismo tiempo, estimaba "en un 50 a 60 por ciento, las proporciones de delincuentes alcoholistas... o aficionados intermitentes": viciosos siempre.

Ahora, para completar el cuadro, bien sombrío por cierto, sería menester algo más que catalogar el resumen brevísimo de algunos perfiles, acentuados, es verdad, con el colorido de que hacen gala el saber y la erudición. Sería necesario perfeccionar el diseño; ajustarlo a la importancia del sujeto; pulirlo con la elegancia del arte y presentarlo a vuestra atención benevolía, si no concluido, en mejores condiciones. Preseindimos, no obstante, de esa tarea, dadas las escasísimas dotes del artífice, y terminemos tan imperfecta enumeración; ocupándonos algo de esa estadística que reclamaba el profesor Seosería y a la que el público mira con espantoso recelo. No os asustéis; seremos breves, lo más posible, esbozando apenas, unos cuantos guarismos. Helos aquí con su elocuente y dolorosa desnudez.

Durante el año 1913, el último del cual poseemos datos oficiales, han entrado y salido por ebriedad, en las Comisarías de Montevideo, 10,240 individuos, vale decir, algo más del 2 1/2 por ciento de la población. De semejante cantidad, fueron, con relación al sexo: 9,769 hombres y 471 mujeres; de unos y otros de las siguientes edades: menores de diez años (da horror el pensar) varones, 34; de 10 a 19 años, varones 534, mujeres 38; de 20 a 28 años, varones 3,812, mujeres 192; de 30 a 39
años, varones 3,212, mujeres 158; de 40 en adelante, varones 2,177, mujeres 88.

¿No os entristece la lectura de ese desfalcó social, donde figuran por centenares desgraciadas núbiles y por millares jóvenes adolescentes?

¿Qué sol vivificante y qué brisas restauradoras podrán devolver al pimpollo ajado y a la flor marchita, la pureza de su perfume y la brillantez de su colorido? ¿La escuela de la cárcel de prevención; la connivencia del delito; la promiscuidad de la impudicia en los umbrales de la vida?

Imagínese, por un instante, la situación moral de esa cantidad de seres: niños, jóvenes y viejos: unos delineantes de ocasión, otros familiarizados con el vicio; respirando el ambiente de la cárcel; refiriendo sus percepciones, en tanto cumplen la condena; obsérvese, minuciosamente, cómo el puder se desvaneece con el contacto del reincidente afeccionado, del perito experto que enseña a mirar las cosas con entera filosofía, y dedúzcase luego el resultado que puede usufructuar el recluido, después de haber sido armado caballero por el espaldarazo de la prisión, donde hasta el dolor es nauseabundo. Apélese a la conmiseración para cohonestar tanta miseria, y esta misma, tendrá reparos para ejercer sus fueros, en atmósfera tan poco propicia. De tal manera, la embriaguez repugna, antes de provocar el reflejo de la compasión que todo lo perdona.

¿El público, por otro lado: el gobierno y el pueblo, el potentado y el siervo, el burgués y el obrero, deben permanecer indiferentes, dejando que los sucesos sigan su curso, que los asilos se pueblen con incurables y que las cárcel se llenen de viciosos, hasta que la maree nos ahogue sin remedio? Pues qué, ¿puede aceptarse como cosa corriente, que, en la capital del Estado, centenares de seres, de ambos sexos, ingresen mes a mes en la cárcel..., porque Su Majestad el alcohol soporta derechos muy elevados, aunque más tarde se traduzcan en desastres serios, y porque el interés general debe sacrificarse ante el de los expendedores? ¿Es posible, en una palabra, tolerar, sin una protesta enérgica, que se permita, en el Uruguay, la venta de bebidas alcohólicas; vale decir, venenos patentados con carta de ciudadanía, en la friolera de 10,000 despachos, poco más o menos: 3,000 para la Capital y 7,000 para los departamentos del interior? ¿No se subleva, si no la razón, el patriotismo siquiera, pensando en los desfalcos que soportan nuestros pobres paisanos, traideramente engañados, a base de veneno? ¿Qué frutos producirán semejantes escenas,
tuteladas por la Nación, con fueros especiales, pues que pululan por todas partes: en la ciudad y en el campo; en el teatro y en el baile, acaso, hasta en el salón de conferencias, y aún en las reuniones de caridad? Ante la cantidad enorme de consumidores, unos de inocentes refrescos, otros de tibios aperitivos: de espumante champagne el cultor de la elegancia, y de cacara-dora caña el infeliz paisano, ¿qué de extraño que día a día nuestra delincuencia y nuestra criminalidad aumenten?

Aumentar la delincuencia y la criminalidad en un país joven es envejecer precozmente, y la vejez precoz es el preludio de la decrepitud.

De memoria sabemos, ya lo hemos repetido, que cuanto apuntamos merece el calificativo de exagerado. Probablemente, el epíteto surge, sin atenuación alguna, en los labios asaz imparciales de quien o quienes beben, poco o mucho. Y si queréis cercioraros, interrogad al desinteresado crítico, dispensador de generosidades, y de cien veces, otras tantas os encontraréis con un abstiene teórico: hombre de juicio maduro, probablemente; pero que bebe, vino, o cerveza, caña o chartreuse; tal vez a cortas, cortísimas dosis, acaso, tan sólo por debilidad estomacal, por matar penas o estimular energías. Es un bebedor y basta. Tentad la experiencia, averiguar la situación del espiritual ironista, y confesaréis que no nos equivocamos. Como dice el proverbio: vemos la paja en el ojo ajeno y no la viga en el nuestro; tal es la tendencia del criterio humano, dispuesto casi siempre a disimular los errores en que incurrímos por hábito.

Si recapitulamos, ahora, las consideraciones ya enunciadas, por lo que concierne a nuestro estado actual, forzosamente y sin extremar la nota, tendremos que concluir que: los estudios llevados a cabo por hombres competentes, en el Uruguay, demuestran que el alcoholismo entraña un problema serio y de proyecciones graves: que la enajenación mental, así como la delincuencia, han sido y son influenciadas en una proporción excesiva; que el número de despachos de bebidas, en la Capital, como en el interior del país, resulta elevadísimo: 1 despacho por cada 128 habitantes, (según el informe presentado a la Academia de Medicina de París, en febrero del año actual, por el profesor Gilbert Ballet, sólo Francia nos sobrepasa con 1 despacho por 82 habitantes, siguiendo luego: Alemania, con 1 por 246; Estados Unidos, 1 por 380; Inglaterra 1 por 430; Suecia 1 por 5,000!), y, finalmente: que la totalidad de los ebrios, en el Departamento de Montevideo, alcanza a cifras
máximas, siendo muy especialmente de notarse la proporción de aquéllos en el período de la adolescencia.

En presencia de semejantes datos, que no encubren suposiciones teóricas, sino hechos observados, cabe examinar cuál debe ser la actitud nuestra, personal y colectiva, ante la eminencia de un peligro, susceptible de minar las resistencias orgánicas, las bases de la familia, y, por consiguiente, las energías de la Nación, que necesita de la sobriedad para desenvolverse, y de la salud para ser libre.

A este respecto, aunque el proceso del alcoholismo, ya no se discute, por considerarse como cosa juzgada, un ejemplo sólo bastará para abonar nuestras legítimas aprehensiones. El Honorable Mr. Everest, Ministro, Encargado de las Relaciones Exteriores, en los Estados Unidos de la América del Norte, al hacer el balance de la embriaguez, en las postrimerías del último siglo, decía y ha sido aceptado por todos, que: "Desde hace diez años, el alcohol ha costado a Norte América lo siguiente: ha destruido la existencia de 300,000 individuos, consignado 150,000 personas en las cárcel, enviado 150,000 a los asilos de menesterosos, y 10,000 a los establecimientos de enajenados. Ha estimulado la perpetuación de 1,500 asesinatos, causado 10,000 suicidios, producido 200,000 viudas y 1,000,000 de huérfanos"... La misma conflagración actual, la ominosa guerra que pase su sudario por el mundo clásico, tal vez no origine mayores desfalos. ¿Y todavía se argüirá que el alcohol contribuye a aumentar el tesoro público? ¡Cuántas como ésta podrían agregarse a las mentiras convencionales de Max Nordau!

Es claro que la situación del Uruguay, carece de la magnitud revelada por el honorable Ministro de Estados Unidos. En cambio, el problema es idéntico, y su solución, en entrambos países, de interés nacional. Por esta última razón, aquí como allí, es indispensable apelar al concurso de las autoridades, encargadas de estimular las actividades, verdaderamente útiles, esas que no se cifran en el incremento desigual, y muchas veces irritante de la renta, sino en el bienestar general, en el mejoramiento de la salud, y en la difusión de los hábitos morales, que son la defensa más fuerte de la familia, de la Patria y de la raza.

Al través de los años y de las vicisitudes que han contrariado el desarrollo de nuestra joven nacionalidad, es preciso decirlo, alta la frente, y con la mirada tranquila, dirigida hacia el pasado cruento: numerosas han sido las iniciativas, merecidas...
a las cuales los mandatarios y los hombres de Estado han contribuido a mejorar la salud colectiva. Particularmente, en los últimos lustros, ese anhelo se ha acentuado lo bastante, para no olvidarlo. Pero, eso es muy poco, ante la magnitud del problema, cuya solución necesita algo más que excelentes propósitos: sin esperar un minuto, porque la renta excesiva que produce el alcohol, es consumida, y con creces, por los asilos, por las cárcel... y por la merma alarmante del equilibrio moral.

Comprendiendo así, los Estados civilizados, casi todos, se han preocupado seriamente en preparar una campaña activa y continua, contra el enemigo común: Inglaterra, elevando los derechos del alcohol y cerrando por millares, de año en año, los despachos de bebidas; Alemania, reglamentando la venta de las mismas; Francia, preocupándose de terminar y abolir el privilegio acordado a los productores; Italia y Rumania, dictando disposiciones restrictivas del expendio y consumo; Suiza, oponiéndose a la fabricación del ajenjo; Rusia, aceptando, con los mejores propósitos y resultados desplorables, un monopolio odioso y contraproducente, que más tarde ha abolido sin reato; los Países Escandinavos, finalmente, y para no alargar esta imperfecta enumeración, adoptando, con criterio prudente y excesivamente práctico, un sistema mixto y complejo, por medio del cual, se han obtenido notables éxitos, del punto de vista higiénico y económico.

A su vez, de este lado del Atlántico, los Estados Unidos, desde hace muchos años, se han preocupado, según ya hemos tenido ocasión de decir, de la lucha contra el alcoholismo, con una decisión y voluntad únicas. Ligas, asociaciones, propagan... por la prensa y por el libro, enseñanza en las escuelas y en el hogar: todo se ha puesto en juego, sin mirar hacia atrás.

Allí, de los 49 Estados que componen la Federación de la gran República hermana, en 17 cuyas correspondientes estrellas debieran figurar, en el glorioso oriflama, con áureo colorido, en 17, repetimos, se ha suprimido el comercio del alcohol. Estos Estados, son: Maine, Kansas, Daçota del Norte, Georgia, Oklahoma, Mississípi, Nueva Carolina, Tennessee, Virginia, Virginia Occidental, Oregón, Washington, Colorado, Arizona, Alabama, Arkansas y Yowa.

Entre los referidos, el Estado de Kansas fue incorporado a la Unión, con esa categoría, en época relativamente reciente, en el año 1861. Su territorio, bastante mayor que el de nuestro Uruguay, abarca una extensión de 212,578 kilómetros, con una población, análoga a la nuestra, de 1.470,495 habitantes.
Desde hace un tercio de siglo, Kansas se ha singularizado por su empeño en combatir la plaga del alcoholismo, en condiciones tales que bien merecen recordarse a la atención de nuestros hombres públicos y mirarse con gratitud.

Al dar cuenta de aquéllas, ante la Cámara de Diputados, con fecha 22 de diciembre último, el Congresal señor Connelly, lo hacía en los siguientes eclecuentísimos términos: “Las razones que explican, por qué motivo Kansas no se avergüenza de sus leyes prohibitivas ni de los progresos conseguidos, en el tercio de siglo, durante el cual han estado en vigencia, son éstas: contando con la mitad de población que el Estado de Missouri, tiene número doble de estudiantes en su Universidad, y con un número de habitantes doble que Colorado, tiene menos penados en su Penitenciaria. Cuenta 29 secciones, sin refugiados en los asilos, y 18 secciones que carecen de éstos. La suma total de su deuda de Estado, es inferior a la proporción de 20 centésimos por individuo. Contando, en ahorros, con la mitad, para su reseate total. La cosecha, este año, alcanzará a un valor igual a la estupenda suma de 620,000,000 de pesos. En tanto, en el año pasado, invertía menos de $ 1.50 por individuo, en el tráfico de licores, gastó más de 15,000,000 de pesos, en educar 400,000 niños y niñas en las escuelas comunales”.

“El Estado de Kansas, no se avergüenza de que el 80% de esos alumnos, desconociera los sitios donde legalmente se comercia con substancias intoxicantes.”

¡Con qué legítimo orgullo debió el orador pronunciar semejantes conclusiones, tan escasas de figuras retóricas, y vulgar palabrerío, como repletas de sabias enseñanzas! ¡Y con qué respetuosa emoción, es de suponer que la Cámara escuchara, en lugar del distingo bizantino, y el pueril sofisma de los discutidores ramplones, que engañan con el abalorio de relumbrón, la frase levantada del patriottismo serio, señalando rumbos y abriendo horizontes!

Y el pueblo de los Estados Unidos, grande por muchos conceptos, anhela mucho más todavía. No contento con los resultados obtenidos, en 17 de los Estados federales, pretende imponer las mismas medidas restrictivas a todos los demás, para cuyo fin, se propuso solicitar nada menos que una emmienda a la Constitución, toda vez que dentro de la vigente, no es posible obligar a lo que aisladamente pueden legislar. ¡Una emmienda a la constitución, nada más que para combatir el alcoholismo! ¡Qué lejos nos hallamos de esos mundos!
Prestigiada la petición de enmienda por un número de delegados de cuarenta y siete millones de habitantes, obtuvo una mayoría de votos en el Congreso Federal, donde se requieren dos terceras partes de sufragios favorables, para su sanción definitiva.

En la actualidad, aquella cifra colossal de representados, se ha elevado, aún, hasta la de cincuenta y tres millones, más de la mitad de los habitantes del coloso del Norte, pidiendo la resolución, de las decisiones del congreso próximo.

¡Cincuenta y tres millones, solicitando la promulgación de una ley represiva, contra el alcoholismo, en un país donde en el 76 % del territorio existe en vigencia!

Difícil, muy difícil, es prever cuál será el resultado de la solemnne asamblea, si se tiene en cuenta el respeto con que los americanos del Norte, contemplan la autonomía de los Estados de la Unión, y el desgano con que miran toda medida que pueda suponerse menosqueaba el derecho de éstos. A ese respecto, se cree que el propio Honorable Presidente, Mr. Wilson, abstiene convencido, y partidario entusiasta de las leyes restrictivas; por iniciativa local, vacile, ante la modificación de carácter general, impuesta por el Congreso. De todas maneras, el hecho de la petición, reviste caracteres tan serios, que, seguramente, influirán en las decisiones; con tanta mayor eficacia, cuanto el ejemplo de los Estados, que han sufrido el tráfico del alcohol, como elemento de consumo, ha sido bien elocuente.

Los uruguayos, que a veces, con excelentes propósitos, pero escasa reflexión, imitan todo lo exótico, aunque resulte extemporáneo, ¿permaneceremos inactivos ante tan elevados ejemplos? ¿Acaso, porque creemos, cándidamente vivir en el mejor de los mundos?...

La nube densa, que con matices de sangre, envuelve como un inmenso sudario, los horizontes de naciones heroicas; la razón enferma y extraviada, en las contingencias de la refriega; la angustia de la desesperación, que acompaña a la ceguedad del odio; el estampido de la pólvora, sucediendo a los latidos de la industria y a las armonías del trabajo; los estertores de las multitudes inmoladas, por la vesania del canibalismo atávico, en el baluarte y en la trinchera; la agonía del que cae y el alarido del que vence: nada, ha impedido el esfuerzo de los gobiernos beligerantes, en la espantosa tragedia, para coheredar, sobre las ruinas humeantes de las ciudades y de las aldeas, los desastres originados por ese perpetuo enemigo de
todas las razas y de todas las civilizaciones. Sugerentes contradicciones del espíritu humano, que niega la luz mirando al cielo!

En medio de esa catástrofe universal; Inglaterra, más que nunca, lleva a la práctica su programa, elaborado ahora años, por medio del cual disminuye paulatinamente el número de despachos de licores y el Soberano mismo, se declara abstienen-
te, prohibiendo, además, el consumo del alcohol en las depen-
dencias de la casa real; Alemania, prohíbe a su vez, la venta-
de licores en las fronteras y en las costas; Francia, el consu-
mo, fabricación y venta de ajenjo y bebidas similares, en el territo-
rio de la República, y Rusia, la más radical de todas, 
después de haber defraudado sus esperanzas, con la malhadada 
adopción del monopolio, ordena la suspensión total de la venta 
del alcohol, en la dilatada zona del Imperio Mosevita. A este 
último respecto, en febrero de este año, el señor Bark, Minis-
tro de las Finanzas Rusas, de pasaje en París, pronunciaba 
las siguientes memorables conclusiones, que nos permitimos 
traducir y recomendar a los hombres de Estado y pensadores 
del Uruguay: "Los resultados, helos aquí: el presupuesto ha 
ido menos alterado de lo que se suponía. La producción 
trabajo, ha aumentado un 50 %, y enormemente los 
recursos fiscales, que proceden de las contribuciones directas 
ó indirectas. El impuesto al azúcar, asimismo, ha rendido 
mayores beneficios que en los años precedentes, pues el con-
tribuyente, compra tanto más, cuanto consume menos alco-
hol. Los depósitos de las cajas de ahorro, a pesar de la 
guerra, son más elevados que lo que fueron en enero de 1914, 
habiendo aumentado, en una suma mayor de 200,000,000 
de francos. Las dos semanas primeras de 1914, dieron un 
excedente de retiros de 1,500,000 francos; en tanto que las 
mismas de 1915, presentaron un aumento en los depósitos de 
74,000,000. La criminalidad, finalmente, ha disminuido de 
una manera sensible, como se comprueba en los documentos 
facilitados por los tribunales, a nuestro Ministro de Justicia. 
La reforma, pues, ha sido excelente en todo sentido."

Según demuestran las consideraciones expuestas, en la ac-
tualidad y en numerosos países civilizados, la acción de los 
lobernios contra el alcoholismo, se ha manifestado de manera 
más intensa, sin que se considerara un obstáculo insalvable, en 
algunos, el momento histórico, y, en todos, la muy sensible 
merma de la renta, ni los intereses de tercero. El peligro arre-
cia, amenazando minar por sus bases al edificio social, y es
menester contenerlo vigorosamente. Con todo, eso no basta. El problema del alcoholismo, por más que cuente con la ayuda vigorosa del Estado, jamás se solucionará convenientemente, si esta carece de repercusión en el espíritu del pueblo, sin el cual nada se puede, porque las leyes prohibitivas se dictan, pero no se cumplen, cuando se tiene el propósito de eludirlas, por negligencia, por falta de cultura y de hábitos, o por tendencia delincuente.

¿Cuál, pues, debe ser nuestra actitud?, volvemos a interro-garnos.

Al concurso indispensable de las leyes restrictivas, que el Gobierno tiene el deber de dictar, y yo estoy seguro que lo hará, pues lo supongo inspirado en altos propósitos de interés social, hay que agregar numerosos factores: la propaganda antialcoholista, en los talleres, donde a menudo, el egoísmo del interés sordido, abusa del necesitado, reduciéndole a la categoría de una máquina de producción, y la propaganda, también, por la prensa, que tiene arraigos en la opinión y por el libro que debe tenerlos en todas las viviendas. Hay que modificar las condiciones higiénicas de las fábricas y de los hogares, donde a falta de luz y de aire, abundan la miseria y las enfermedades y prospera la ociosidad, que es el estímulo más energico del vicio. Hay que mitigar la sed de rebelión que sofoca al obrero, impeliéndolo al desvarío del odio insano, y mitigarla con hechos, y no con promesas, volviéndole menos dificultoso el peso de la servidumbre, nunca por la violencia, sino por las seguridades realizables de su liberación. Hay que construir, en vez de demoler, enjuagar lágrimas en vez de hacerlas derramar, evidenciando con el espectáculo de la Naturaleza, siempre instru-tivo, que el arbusto reducido a una parcela del espacio, como el cedro morador de las cimas, entrambos pueden desen-volverse, con arreglo a su propia organización, sin que la sombra del gigante, esterilice y marchite la savia del pigmeo. Hay que enseñar al niño, en los bancos de la escuela y en el seno de los hogares, las disciplinas morales, sin cuyas prácticas, la instrucción es de oropel y de palabrero infeundo; hay, en una palabra, que realizar los ideales que ennoblecen la vida, confortan al espíritu y ensanchan los horizontes, con las claridades de la esperanza.

En esa obra vasta y compleja, de verdadera regeneración, el ejemplo debe prevalecer sobre todas las enseñanzas, para que éstas sean fecundas, estando en condiciones de hacerlo práctico, mejor que nadie, los que viven en la holgura, gas-
tando energías en los placeres vulgares. Son ellos, los más obligados, hasta por decoro, a desterrar en público y en privado, la compañía habitual del excitante nocivo, solicitada por el vicioso en todas partes, aceptada como cosa baladí, en las reuniones y conferencias, tolerada, con ingenua inconsciencia, en el sarao y en la visita, en el baile y en el concierto, y acaso, ya lo hemos dicho, en las propias fiestas que se celebran con fines de caridad y beneficencia. Son las madres uruguayas, capaces de todos los heroísmos quienes, las primeras, deben ponerse al frente del movimiento, fundando ligas y asociaciones de templanza, al igual de las que con positiva utilidad, funcionan en el extranjero. Somos, finalmente, nosotros los que, si en verdad aspiramos a algo más que a vivir, satisfaciendo apetitos insanos, tenemos que demostrarlo, no con protestas fugaces, sino con realidades que acrediten nuestras convicciones y nuestra firmeza. Tal es, en síntesis, el programa cuyo cumplimiento ha de incorporar, en vez de parásitos, de fracasados y de perjudiciales, elementos útiles a la colmena social.

Sólo así, y nada más que así, vale decir, llevando a cabo la campaña con el concurso de todos, pueblo y gobierno reunidos, podrá esperarse que la delincuencia disminuya, que la salud pública, física y moralmente considerada, mejore y, acaso, que numerosas rebeliones colectivas violentas, se atemperen, en gran parte, con la sobriedad reparadora de los contendientes.

Señores:

Su Majestad el Rey de Inglaterra, en quien, como es natural, debemos suponer las condiciones intrínsecas de los demás hombres, acaba de declararse abstinentes, prohibiendo que su familia, donde hay jóvenes de ambos sexos, y la servidumbre de palacio, donde abundan ilustres caballeros y nobles damas, hagan uso de licores y de bebidas alcohólicas. A su vez, el Honorable Mr. Wilson, Presidente de la Confederación de los Estados Unidos del Norte, practica también una rigurosa abstención. Y ahora, me permito interrogaros, a guisa de conclusión: ¿Los ejemplos eloentes, dados por el soberano inglés y por el Presidente americano, tendrán imitadores entre nosotros? ¿Seremos menos los uruguayos, en este caso, que los británicos aristócratas, y que nuestros hermanos mayores republicanos?

Es al público, que me ha honrado con su exquisita benevolencia, a quien corresponde contestar.

He dicho.